

## El intermediario (1983)

Marcial Souto (España<sup>1</sup>, 1947- )

---

Carlitos, el bloc en la mano izquierda y el lápiz en la mano derecha, esperó a que su madre abriese los ojos.

La madre, en la silla de ruedas, torció la boca y movió apenas la cabeza, arrugando la frente; le temblaron las manos pálidas y delgadas.

Por la ventana se veían los troncos de los árboles, salpicados por los primeros y movedizos rayos de sol. El viento y los pájaros saludaban el nuevo día con un tímido contrapunto de voces.

Carlitos sentía en los hombros las manos firmes de la enfermera, que acababa de hablar por teléfono.

– Ya viene la ambulancia, Carlitos. Y también tus tías. No te preocupes.

Los ojos de la madre de Carlitos se abrieron por fin, parpadearon y se quedaron mirando un punto fijo, a la altura del pecho del niño.

– Señora Clara... – dijo la enfermera, sin moverse.

Carlitos pasó el lápiz a la mano izquierda, donde tenía el bloc, y tendió la derecha.

Antes de que pudiese tocarla, la madre lo detuvo con un ademán.

– Cuéntame.

Carlitos retiró la mano, tomó de nuevo el lápiz y empezó a dibujar.

Una noche, casi dos años antes, cuando Carlitos y sus padres volvían de las vacaciones, algo falló en el auto, que imprevistamente salió de la ruta y volcó. Cuando alguien logró abrir la deformada puerta izquierda su padre ya había muerto. Su madre estaba inconsciente y bañada en sangre. Carlitos sólo tenía rasguños en la frente y en un hombro.

Al día siguiente, las tías se llevaron a Carlitos del hospital; la madre quedó allí ocho meses.

Carlitos dibujó dos circunferencias, de cada una de las cuales colgaban tres pelitos.

– Ojos cerrados – dijo la madre –. Me dormí. Me desmayé. Sí, estoy mareada.

Carlitos dibujó otras dos circunferencias sobre las que apoyó las puntas de una línea que se curvaba levemente hacia abajo.

– Teléfono. ¿Llamó alguien? ¿Han llamado a alguien?

Mientras la madre hablaba, Carlitos dibujó dos muñecos.

Los primeros días parecía dormida. No se movía y la alimentaban por las venas.

Carlitos, de nueve años, iba todas las tardes a verla con las tías, que después lo llevaban al cine y a tomar helados. Carlitos, a diferencia de ellas, nunca lloraba.

Una tarde, mientras la miraba, la madre abrió los ojos y sonrió. Carlitos no se movió de donde estaba, pero las tías se acercaron a su hermana sin acordarse de ocultar las lágrimas.

Una semana más tarde empezó a hablar.

---

<sup>1</sup> Residente de Uruguay 1961-1973, Residente de la Argentina desde 1973-.

Los dos muñecos que Carlitos había dibujado constaban de una pequeña circunferencia (cabeza) y cinco rayas (tronco y extremidades). Parecían tomados de la mano. El niño trazó una flecha que iba desde el dibujo del teléfono hasta esas figuras.

– Han llamado a mis hermanas – dijo la madre –. ¿Estoy mal?

Carlitos y la enfermera se miraron.

– Señora Clara... – dijo la enfermera.

Mejoraba despacio, pero los médicos y las enfermeras, que nunca habían tenido demasiadas esperanzas, se sentían sorprendidos y hasta orgullosos. Tres meses más tarde la sacaron de la cama y la pusieron en una silla de ruedas.

Iba y venía por los pasillos, y visitaba a otros pacientes del mismo piso. Se sentía contenta y fuerte. Carlitos y las tías se quedaban con ella mucho tiempo más, y conversaban animadamente.

Cuando cumplió ocho meses de internación, los médicos la dejaron salir del hospital.

Sin embargo, unos días antes, las hermanas recibieron la inesperada noticia de que Clara no viviría más de un año.

Carlitos dibujó tres muñecos más, y al lado dos pequeñas circunferencias sobre las que se apoyaba un rectángulo grande que contenía otra circunferencia muy pequeña con una cruz adentro.

– Médicos con ambulancia – dijo la madre.

Los dedos del sol ya arañaban la ventana.

Clara se instaló en su departamento con Carlitos, que ya había cumplido diez años, y con una enfermera. Al principio se movía por todas las habitaciones en la silla de ruedas, conversando y dando órdenes. Por las tardes iban las dos hermanas a visitarla, y se quedaban hasta la noche.

Poco a poco; sin embargo, Clara empezó a quejarse de los ruidos de la calle, de las voces de las personas, de los motores y de las bocinas de los autos, hasta de los aviones que tronaban a lo lejos.

Terminó recluyéndose en su dormitorio todo el día, a oscuras, la cabeza hundida entre las manos. De vez en cuando lanzaba un quejido de dolor.

– Me van a llevar.

– Todavía no lo sabemos, señora Clara. Eso lo decidirán los médicos cuando lleguen.

Clara apartó las palabras de la enfermera con un ademán. Miró a Carlitos.

Carlitos se apresuró a decirle la misma a la madre mediante un dibujo: la T de tiempo.

– Sí, habrá que esperar – dijo Clara.

Después de consultar con los médicos del hospital, las hermanas decidieron que lo mejor sería llevarla a un sitio tranquilo, donde ningún ruido pudiese molestarla.

Le cambiaron el departamento del centro por una casa en el borde de un parque, y se mudaron en seguida a ese lugar.

Carlitos miraba a la madre en silencio, el bloc y el lápiz en la mano izquierda. La madre se frotaba los ojos con las yemas de los dedos, y reacomodaba de vez en cuando el cuerpo en la silla de ruedas. Sobre la mesa de noche, al lado de los tres, había muchas hojas de bloc arrugadas, con los dibujos de Carlitos.

– No quiero ir. No soportaría los ruidos del centro...

– Pero es necesario, señora – dijo la enfermera, inútilmente. Clara no la oía ni la veía. Hacía mucho tiempo que para ella la enfermera había dejado de existir.

Su único contacto con el mundo exterior era Carlitos, que obraba como una especie de intermediario, de intérprete. Tampoco lo oía a él las pocas veces que el niño intentaba hablar, pero compensaba eso con una desmedida avidez por sus dibujos. No le aceptaba otra forma de comunicación.

Carlitos trazó una circunferencia, y adentro, en la parte superior, dibujó dos puntos, entre los que deslizó una raya vertical que casi tocaba otra más firme, horizontal: una cara seria.

– ¿Tengo que obedecer?

Al principio, en la nueva casa, Clara era muy activa. Andaba de un lado a otro en la silla de ruedas, e incluso salía a veces, al atardecer, cuando no hacía frío, a tomar sol y a mirar los árboles y el cielo.

Cuando Carlitos volvía en bicicleta de la escuela, tenía que contarle lo que había hecho, y lo que tenía que estudiar para el día siguiente.

Poco a poco, la madre lo fue convenciendo de que completase las noticias con dibujos, aprovechando el talento plástico del niño, tan estimulado por la maestra.

Al principio los dibujos de Carlitos eran muy detallados y ricos. Usaba colores en trazos de diferentes intensidades para representar minuciosamente a la maestra, a los amigos, todo lo que le pasaba y veía: pájaros, árboles, perros, juegos en la escuela.

La madre, cada vez más fascinada, vivía casi exclusivamente para las noticias que Carlitos le dibujaba en hojas de bloc. Ya no oía lo que le decía la enfermera, y tampoco le interesaban demasiado las palabras de Carlitos, sólo quería sus dibujos. El piso de la casa estaba siempre cubierto de dibujos viejos en papeles arrugados.

La exigencia de transmitir a su madre todo lo que pasaba en el mundo exterior a través de dibujos obligó a Carlitos a prescindir del color y de la complejidad, y a usar trazos más sintéticos, a representar, hechos y cosas con la mayor economía posible. El sol, antes un círculo que variaba del amarillo pálido al rojo encendido, era ahora un simple anillo o (cuando las puntas de la circunferencia no coincidían a causa de la prisa de Carlitos) un imperfecto caracol. Los árboles, antes complejas estructuras de rayas cubiertas de hojas coloreadas según la estación, armadas sobre troncos robustos, eran ahora cuatro o cinco palitos: uno vertical (tranco) sosteniendo a tres o cuatro inclinados en diferentes direcciones (ramas), bajo unos rulos (follaje). Los niños, mostrados antes en cierto detalle, eran ahora simples monigotes: un anillo (cabeza) y cinco palitos (tronco y extremidades). La escuela, antes una blanca casa de teja naranja, era ahora un rectángulo con un triángulo encima.

Ante esa simplificación del mundo exterior, los pensamientos de la madre de Carlitos se fueron volviendo también más abstractos. Todo era simple y comprensible, y no hacía falta concentrarse demasiado para resolver un problema.

Como en el departamento del centro, Clara se fue recluyendo cada vez más en la casa, y finalmente se encerró en el dormitorio, donde sólo atendía a los dibujos de Carlitos, sencillas imágenes de un mundo igualmente sencillo.

Clara empezó a quejarse poco después del amanecer. Carlitos, que dormía de un lado de la habitación de la madre, y la enfermera, que dormía del otro, la oyeron al mismo tiempo y al mismo tiempo se levantaron. Clara se retorció en la cama, y decía cosas incomprensibles. Finalmente abrió los ojos y habló con claridad. Dijo que quería estar en la silla de ruedas.

Le pidió a Carlitos que repitiese todo lo que le había dibujado el día anterior, y luego las cosas más importantes que recordaban los dos.

Al fin pareció satisfecha, y se quedó un rato pensativa, la vista perdida en el vacío.

Carlitos y la enfermera esperaron en silencio.

Al cabo de unos minutos, el cuerpo de Clara se estremeció. Torció la boca y arrugó la cara. Luego se aflojó y la cabeza chocó contra el respaldo. Estaba desmayada.

La enfermera llamó una ambulancia y a las hermanas de Clara. Era la tercera vez, en los últimos treinta días, que veía esa escena, y sabía muy bien lo que podía ocurrir. Ese ataque, o el siguiente...

A las hermanas de Clara los médicos del hospital les habían informado que, mientras la operaba después del accidente, le habían encontrado un tumor en el cerebro; que no viviría más de un año; que su estado se deterioraría sin pausa, hasta el final.

Afuera se apagó el motor de un auto y sonaron unas voces. Carlitos fue a abrirles la puerta a las tías. En ese momento oyó el chillido lejano de una sirena, y un minuto más tarde se detuvo la ambulancia delante de la puerta. Las tías y los médicos entraron casi juntos.

Clara ya no necesitaba de la intermediación de Carlitos para percibir la simplicidad del mundo. Las hermanas y los médicos aparecían tal cual eran: rayas, palitos, con un anillo encima. Mientras la sacaban en la silla de ruedas, miró con atención el interior de la casa: rectas, curvas, cuadrados, rectángulos, circunferencias; bajó la vista y notó que la silla de ruedas era un verdadero catálogo de todas esas formas.

Afuera, la ambulancia era sin duda el rectángulo que había dibujado Carlitos. El sol, un luminoso caracol que subía por los dedos de los árboles.

Antes de que la metiesen en la ambulancia miró hacia arriba. El cielo: una limpia hoja de bloc. En la hoja de bloc apareció, y desapareció una circunferencia perfecta. La cara de Carlitos.

Se fue esa hoja y apareció otra allí arriba, menos brillante: el immaculado cielo interior de la ambulancia.

Clara esperó explicaciones, un dibujo, sin parpadear.

Poco a poco el dibujo se trazó solo.

La geométrica circunferencia de su propia cara, en esa superficie lisa y reluciente que casi era como un espejo.

Allí estaba su simple y verdadera imagen. Por primera vez se vio tal cual era. Por primera vez se reconoció. Esa era ella, sin duda y por fin: tan nítida, justa y lisa como los trazos que todos los días morían en el bloc de Carlitos. Cerró los ojos para saborear mejor ese estado ideal.

Mientras lo hacía, una mano arrancó la hoja y la arrugó.